

OLIVIA HEUSSLER EL SUEÑO DE SOLENTINAME THE DREAM OF SOLENTINAME NICARAGUA 1984–2007

OLIVIA HEUSSLER NICARAGUA 1984–2007
EL SUEÑO DE SOLENTINAME
THE DREAM OF SOLENTINAME



Al menos flores, al menos cantos...
Quedará de nosotros
algo más que el gesto o la palabra:
Este deseo candente de libertad,
esta intoxicación,
¡se contagia!
Gioconda Belli

At least flowers, at least songs ...
More shall remain of us
than words or gestures:
this white-hot longing to be free,
this intoxication,
it's contagious!
Gioconda Belli

Para Alis / For Alis

Prólogo

**Nicaragua en el ojo
de Olivia Heussler**

Sergio Ramírez

Nicaragua es una tierra que ha maravillado siempre a quienes han llegado a ella la primera vez, por la serenidad imponente de su variado paisaje, volcanes majestuosos, lagunas serenas, llanuras fértiles, espesas montañas, ríos impetuosos y selvas vírgenes. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo dice en su *Historia general y natural de las Indias*, de 1535, que se trata de una tierra a la que ninguna otra del nuevo continente le lleva ventaja, porque es «muy sana y apacible, y de buenas aguas y pesquerías, y de mucha caza y montería [...] y en cuanto al comer es más harta y abundante que todas las que hasta ahora se saben, así de maíz y legumbres, y buenos vinos que hacen de las ciruelas, que hay innumerables árboles para ello». Y un siglo después, el cura inglés Thomas Gage, en su libro *Viajes en la Nueva España*, de 1648, afirma que «es particularmente por razón de las delicias de que allí se gozan que los españoles llaman a toda la provincia de Nicaragua el paraíso de Mahoma».

Viejas y nuevas crónicas dan cuenta también de la singular disposición de sus moradores, gente abierta y franca, amistosa y cordial desde el primer momento del encuentro con los extranjeros, locuaz y pendenciera, inspirada pero también rebelde. Y esta rebeldía, que ha estallado no pocas veces en conflictos armados, queda como una huella patente a lo largo de la historia de Nicaragua. Se rebela la gente o se rebela el paisaje.

El paraíso de Mahoma se revuelve contra sus propios moradores para ser causa de espanto, como lo demuestran las huellas de pies presurosos en el sitio de Acahualinca, cercano al lago de Managua, que atestiguan una huida de hace al menos seis mil años, seguramente provocada por algún cataclismo, cuando la tierra se estremeció, otra de tantas veces, y los volcanes se encendieron en llamas. Terremotos, huracanes, aluviones, maremotos, ríos desbordados, pero también guerras civiles, que se han sucedido desde que se iniciaron los primeros movimientos armados que llevaron a las provincias de Centroamérica a la independencia de España en 1821, que siempre estuvieron regresando a lo largo del siglo diecinueve, y que tampoco cesaron a lo largo del siglo veinte.

Guerras entre realistas e independentistas primero, entre partidarios de la federación centroamericana y enemigos de ella después, de un lado liberales masones y del otro conservadores reaccionarios, una lucha incesante que ha llevado a los historiadores a llamar «período de la anarquía» el que llega hasta la mitad del siglo diecinueve, con el país dividido, asolado por la destrucción, sin gobiernos estables, y una inquina perpetua entre los conservadores de Granada y los liberales de León, pues los bandos oligárquicos de ambas ciudades nunca vieron a Nicaragua como una nación unida.

Hasta que, tomando provecho de esas divisiones, el aventurero William Walker, un esclavista del Sur de Estados Unidos, se apoderó del país en 1855, en medio de una nueva guerra civil, y se proclamó presidente de Nicaragua, implantando la esclavitud. Los ejércitos de los cinco países centroamericanos, unidos por la fuerza de la necesidad, lograron entonces derrotarlo y expulsarlo, amenazados como se sentían todos de caer también bajo el dominio extranjero.

El poeta Pablo Neruda llamó a Centroamérica en uno de sus poemas «la dulce cintura de América», el punto de la geografía del continente donde la tierra se estrecha y los dos mares, el Atlántico y el Pacífico se acercan, de modo que es posible contemplar ambos desde alguna elevación de la Sierra Madre. Y en el centro de esa garganta se halla Nicaragua, un envidiable territorio por su posición geográfica, posición que, si es una bendición de la naturaleza, ha sido una maldición de la historia, pues la posibilidad del paso interoceánico a través de sus selvas, de sus ríos y de sus lagos ha convertido al país en una víctima de la voracidad extranjera desde que los conquistadores españoles se fijaron la ambición de hallar el paso entre los dos mares buscando «el estrecho dudoso».

El estrecho dudoso era la ruta que formaban las aguas del Gran Lago de Nicaragua y que continuaba por el río San Juan hasta su desembocadura en el mar Caribe. Entre la costa occidental del Gran Lago y el océano Pacífico no quedaba más que una estrecha franja no mayor de veinte kilómetros de tierras bajas, el istmo de Rivas.

Esta misma voracidad llevó luego a Inglaterra a pretender el dominio de la costa caribeña de Nicaragua, apoderándose del puerto de San Juan del Norte, en la desembocadura al Caribe del río San Juan. Y cuando empezó en California la fiebre del oro en 1848, el comodoro Cornelius Vanderbilt organizó el negocio del tráfico de pasajeros entre Nueva York y San Francisco a través del territorio de Nicaragua, por la misma ruta del río San Juan, el Gran Lago y el istmo de Rivas, en embarcaciones y diligencias, mientras los ojos de Estados Unidos se fijaban desde entonces en la posibilidad de la construcción del canal.

Cuando en 1893 se dio la revolución liberal encabezada por el general José Santos Zelaya, quien buscó negociar la construcción del canal con Alemania y con Japón, fue éste uno de los motivos principales para que Estados Unidos promoviera su derrocamiento en 1909; y una vez establecido por ellos mismos un gobierno conservador dócil, lo obligaron en 1914 a la firma del tratado Chamorro-Bryan, que les concedía el derecho a perpetuidad para esa construcción y la cesión de soberanía sobre las tierras adyacentes. Era un derecho que Estados Unidos se reservaba para que ninguna otra potencia se inmiscuyera en el proyecto, pues ese mismo año empezaba sus operaciones el canal de Panamá, construido por ellos mismos.

Para entonces el país se hallaba ocupado militarmente por las tropas de la Infantería de Marina, que habían llegado en 1912 y se fueron en 1925. Pero volverían al año siguiente, y es cuando el general Augusto César Sandino encabeza una resistencia de seis años en las montañas de las Segovias, peleando una guerra de guerrillas, con un ejército de campesinos, pobre y mal armado, que no pudo, sin embargo, ser derrotado por los invasores, que se retiraron por fin en 1933. Sandino firmó un acuerdo de paz ese mismo año con el gobierno liberal entrante del doctor Juan Bautista Sacasa y, una vez desarmadas sus fuerzas, fue asesinado al año siguiente como fruto de una conspiración encabezada por Anastasio Somoza García, a

quien Estados Unidos había puesto como jefe de la Guardia Nacional, el ejército que sustituyó a las tropas de ocupación tras su retirada.

Anastasio Somoza García inició a partir de entonces una larga dictadura familiar. Fue asesinado en 1956, mientras buscaba una nueva reelección en el cargo de presidente, pero pudo heredar el poder a sus hijos, Luis y Anastasio, hasta que la dinastía fue derrocada en 1979 por las guerrillas del Frente Sandinista de Liberación Nacional, que había recogido la bandera del general Sandino. Al huir Anastasio Somoza Debayle hacia Miami, el 17 de julio de 1979, se iba del país el último marine, pues nunca dejó de considerarse un soldado de los Estados Unidos, y comenzó entonces la revolución, que heredaba un país destrozado por la guerra para salir de los Somoza, con un saldo de miles de muertos en combate y de asesinados por las fuerzas de represión.

La revolución empezó por expropiar las inmensas riquezas de la familia Somoza, que tenía metidas las manos en todos los negocios posibles, y se propuso la transformación económica y social de Nicaragua, un país dominado por la injusticia y la marginación, la regla a través de su historia, con una población mayormente campesina y mayormente analfabeta, y sin acceso a los servicios de salud, energía eléctrica, agua potable ni a la tierra cultivable.

La Cruzada Nacional de Alfabetización, la reforma agraria, las campañas de vacunación y los programas populares de salud fueron las primeras metas, pero de nuevo el país se vio envuelto en la confrontación armada al prosperar la guerra de los contras, que fueron financiados y armados por el gobierno del presidente Reagan. Nicaragua parecía regresar a su viejo destino, el de las intervenciones militares de Estados Unidos y el de las guerras civiles. La obra de transformación de la revolución se frustró y pronto el país se convirtió en un escenario de la guerra fría, pues mientras Reagan apoyaba sin reservas a los contras, el gobierno sandinista recibía el apoyo militar de la Unión Soviética y de Cuba.

En 1990, con un país en escombros, la economía paralizada, la agricultura destruida y el índice de inflación más alto del mundo, el gobierno sandinista convocó a elecciones presidenciales como una manera de buscar el fin de la guerra, en la creencia de que al ganar legítimamente esas elecciones, Estados Unidos tendría que cesar en su apoyo a la contra. Pero el pueblo que fue a las urnas, desgastado por la guerra y adverso al servicio militar obligatorio, entendió que no había salida hacia la paz mientras el Frente Sandinista permaneciera en el gobierno, y eligió como presidenta a Violeta Barrios de Chamorro, que derrotó así a Daniel Ortega.

Los sandinistas habían dado una demostración incontestable de democracia al reconocer su derrota electoral y entregar, por la fuerza de los votos, el poder que habían conquistado diez años atrás por la fuerza de las armas. Pero la corrupción había entrado ya en sus filas, y una parte de la dirigencia del partido que se iba del gobierno aprovechó para enriquecerse,

quedándose con buena parte de las empresas industriales, agrícolas y comerciales, y fincas de café y ganado, que hasta entonces pertenecían al patrimonio del Estado.

El acervo de empresas y bienes del Estado era muy grande, ya que se trataba de un proyecto de economía socialista. El nuevo gobierno devolvió una parte a sus antiguos dueños, y otra la privatizó, negocio en el que entraron también antiguos dirigentes sandinistas, con lo que el proyecto de economía socialista llegaba a su fin, y así mismo la reforma agraria. Pero también había llegado a su fin el proyecto ético de la revolución.

A lo largo de la década de los noventa, otra vez se consolidó en Nicaragua la economía de mercado, se arreglaron las finanzas públicas y cesó la inflación, pero la brecha entre los pobres y los ricos se hizo más grande que nunca. Y cuando llegó al gobierno, en 1996, el partido liberal con Arnoldo Alemán, la corrupción se volvió la regla, al punto que su sucesor, Enrique Bolaños, del mismo partido liberal, lo acusó por el delito de lavado de dinero, que le costó una condena de veinte años de cárcel. Alemán nunca ha cumplido esta condena gracias al pacto político suscrito entre él y Daniel Ortega, que les ha permitido repartirse cuotas de poder, reformando a su antojo la Constitución Política.

Esta complicidad es la que permitió a Daniel Ortega llegar de nuevo a la presidencia en 2007, pues una de las reformas constitucionales pactadas permite a un candidato ser electo con apenas el 35% de los votos. Ahora, gracias a la misma complicidad entre ambos, intentan una nueva reforma de la Constitución para permitir la reelección presidencial. Como en el mito de Sísifo, Nicaragua parece intentar siempre empujar la piedra hacia la cumbre sólo para verla rodar de nuevo hacia el fondo del abismo. De nuevo, la situación presente se parece cada vez más a la que el país vivió bajo Somoza.

De las últimas tres décadas de la historia de Nicaragua, tantas veces heroica y otras tantas veces trágica, es testigo Olivia Heussler: la década de los ochenta, que es la década de la revolución; la de los noventa, que es la del fin del sueño socialista; y la primera del siglo veintiuno, cuando la democracia se ve amenazada por el regreso a las viejas formas de autoritarismo, que ha sido una de las características siempre presentes, por desgracia, en nuestra historia.

Una testigo que es a la vez protagonista, diría yo. Olivia Heussler nunca se ha situado con su cámara lejos de los acontecimientos, sino dentro de ellos, dentro del paisaje conmovido por la pobreza y por las batallas; no una cámara que describe, sino que escribe lo que no debe olvidarse por todo lo que tiene de tragedia y de drama, pero también de alegría y esperanza. Una cámara siempre en marcha, en el ojo alerta de una fotógrafa que no descansa y puede convertir el instante en testimonio.

De esta manera es posible leer sus fotografías, más que verlas, y puestas una tras otra, de su totalidad sacamos una historia contada, y podemos admirar un panorama que se despliega ante nuestros ojos con las mismas virtudes de un relato compuesto desde los mejores

ángulos, los ángulos originales que sólo el talento del ojo entrenado para ver en profundidad puede hallar.

Éste es, pues, un libro de fotografías sobre la historia de Nicaragua. Aquí tienen ustedes ante sus ojos un país expuesto en toda su belleza y su crueldad, en sus injusticias y desigualdades, y en sus esperanzas, que no faltan en los rostros. Pese a todo, Nicaragua sigue siendo un país de esperanzas, y Olivia Heussler lo atestigua en sus fotografías.

Prologue

**Nicaragua Seen through
the Eyes of Olivia Heussler**

Sergio Ramírez

Nicaragua is a country that has always amazed newcomers with the imposing serenity and diversity of its landscape: majestic volcanoes, placid lakes, fertile plains, woody mountains, impetuous rivers, and virgin forests. In his *Historia General y Natural de las Indias* of 1535, chronicler Gonzalo Fernández de Oviedo writes about a land that is second to none on the new continent because of “the fertility of this realm and the situation of the land itself, and its healthful and mild climate, and its excellent waters and fisheries, and its abundance of hunting and game.... as for food it is more complete and abundant than in all those others which are known at present.” A century later, the English clergyman Thomas Gage relates in his *New Survey of the West Indies* of 1648, that, “especially from the pleasure of this city [León] is all that province of Nicaragua called by the Spaniards, Mahomet’s Paradise.”

Old and new chronicles also describe the singular nature of its inhabitants: frank and open, affectionate from the first moment of encounter with a stranger, talkative and feisty, spontaneous but also rebellious. And it is this rebelliousness that has often erupted into armed struggle, leaving its stamp on the history of Nicaragua like a clearly outlined footprint. It is either her people who rebel, or her nature.

Mahomet’s paradise can suddenly turn against its people and terrorize them as documented by footprints found in Acahualinca, not far from the shores of Lake Managua. They testify to desperate flight some six thousand years ago, probably caused by a natural catastrophe when the earth quaked, as it did so often, and the volcanoes erupted in flames. Earthquakes, hurricanes, floods, seaquakes, overflowing rivers, and also civil wars have followed one another since the first armed movements that secured the provinces of Central America independence from Spain in 1821. Intermittent unrest was a constant throughout the nineteenth century and continued into the twentieth.

Wars between royalists and independence fighters, between friends and foes of a Central American Federation, freemasons on one side, reactionary conservatives on the other—the incessant struggle led historians to call the second quarter of the nineteenth century “the period of anarchy,” with a country divided, ravaged by destruction, without stable governments, and perpetual hostility between the Conservatives of Granada and the Liberals of León, so that the oligarchic gangs of both cities never saw Nicaragua as a nation united.

Then, in 1855, the adventurer William Walker, a slave holder from Tennessee in the southern U.S., took advantage of the divided country and seized power in the middle of a civil war, proclaiming himself president of Nicaragua and introducing slavery. Faced with the threat of also falling victim to foreign control, the armies of the five Central American republics joined forces by dint of necessity in order to vanquish and expel the usurper.

In one of his poems, Pablo Neruda described Central America as “the delicate waist of America,” the point in the continent’s geography where the land narrows and the two oceans, the Atlantic and the Pacific, are so close together that you can see them both from the Sierra

Madre mountain range. And in the middle of that narrow stretch lies Nicaragua, an enviable land for its geographical location which has been a blessing of nature but a curse of history. For the possibility of passage through its forests, rivers, and lakes, to travel from one ocean to the other, has made the country vulnerable to the voracity of others—ever since the Spanish conquerors determined to find a passage between the oceans and set out to look for the “uncertain strait.”

That uncertain strait was the route formed by the waters of Lake Nicaragua and the San Juan River which flows into the Caribbean. The Isthmus of Rivas, a narrow 20-kilometer strip of flat land, is all that lies between the west coast of the lake and the Pacific Ocean.

The same voracity would make England claim the Caribbean coast of Nicaragua and seize the port of Greytown or San Juan del Norte at the mouth of the San Juan River. And when the gold rush broke out in California in 1848, *commodore* Cornelius Vanderbilt organized a lucrative passenger service with steamers and coaches between New York and San Francisco via the territory of Nicaragua and the route of the San Juan River, Lake Nicaragua and the Isthmus of Rivas. From that moment on, the United States eagerly eyed the possibility of building a canal through Nicaragua.

In 1893 General José Santos Zelaya successfully toppled the government, seized power and initiated negotiations with Germany and Japan about the construction of a canal. In consequence, the U.S. successfully deposed him in 1909. Once they had replaced him by a docile conservative government, they forced the new president to sign the Bryan-Chamorro Treaty in 1914, which granted Washington the exclusive and perpetual right to build such a canal as well as sovereignty over the adjoining lands. The treaty was primarily intended to prevent any other nation from intervening, since the U.S.-built Panama Canal had started operations that same year.

In 1912 the U.S. Marines landed in Nicaragua and the troops did not withdraw until 1925. However, withdrawal was short lived; the military returned the following year when General Augusto César Sandino launched a resistance movement of impoverished and poorly armed peasants in the Segovia mountains in the North where they fought a guerrilla war for six years. Unable to defeat Sandino and his guerrillas, the invaders eventually had to leave in 1933. That same year, Sandino signed a peace accord with the new liberal government of President Juan Bautista Sacasa. But once Sandino’s troops had surrendered their arms, the general was assassinated by orders of Anastasio Somoza García whom the U.S. had left in charge of the National Guard, the Nicaraguan army which replaced the occupation troops.

Anastasio Somoza García launched a long-lasting family dictatorship. Assassinated in 1956 while campaigning for re-election as president, he was succeeded by his sons, Luis and Anastasio. The dictatorship was finally toppled in 1979 by the guerrillas of the Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), who once again took up the banner of liberation

in the spirit of General Sandino. Not until Somoza fled to Miami on July 17, 1979, did the last marine leave. The Somozas had always considered themselves soldiers in the service of the United States. Thus began the revolution in a country devastated by a war of liberation that had left thousands killed in combat or murdered by the repressive forces.

The revolution started off by confiscating the immense riches of the Somoza family, whose influence had prevailed in every sector of the economy. The aim was the economic and social transformation of a country scarred by injustice and marginalization, where the majority of the population are illiterate peasants without access to health services, electric power, drinking water, or arable land.

The National Literacy Campaign, agrarian reform, vaccination campaigns, and popular health programs heralded change, but once again the country found itself drawn into the maelstrom of armed struggle when the Reagan administration financed and armed the Contras, causing renewed strife. Nicaragua seemed unable to escape its old destiny of civil conflict and military intervention from the U.S. Instead of pursuing the great task of revolutionary change, the country was buffeted by the forces of the Cold War: on one hand Reagan's unconditional support of the Contras, and on the other Cuban and Soviet military support of the Sandinista government.

By 1990, the country lay in ruins, the economy had ground to a halt, agriculture had been destroyed, and inflation was setting five-digit records. The Sandinista government called presidential elections as a means to end the war in the belief that a clean victory would make the U.S. withdraw their support of the Contras. But the people who went to the polls had had their fill of war and compulsory military service, probably sensing that there could be no peace as long as the Frente Sandinista remained in power. They voted for Violeta Barrios de Chamorro and defeated Daniel Ortega.

The Sandinistas gave indisputable proof of their democratic position by acknowledging their electoral defeat and handing over the power they had acquired a decade earlier by force of arms. But corruption had crept into their ranks as well, and some of those who had stepped down took advantage of the transitional period to seize for themselves a good share of the industrial, agricultural, and commercial businesses, as well as coffee plantations and cattle farms that had belonged to the state.

In a socialist economy the proportion of state-held enterprises and farms is substantial. The new government returned some of the confiscated properties to their original owners and privatized others. Through their involvement in this lucrative business, some former Sandinista leaders not only contributed to burying the prospect of a socialist economy and agrarian reform, but also of a moral revolution.

All through the 1990s, the return to a market economy was consolidated in Nicaragua; public finances were reorganized and inflation brought down, but the gap between rich and

poor grew wider than ever before. When the Liberals came to power with President Arnaldo Alemán in 1996, corruption was so widespread that Alemán's successor, Enrique Bolaños, also Liberal, took Alemán to court for money laundering and had him condemned to 20 years in jail. He spent very little time in prison thanks to a political deal struck with Daniel Ortega under which the two leaders shared the quotas of power between them and amended the constitution at their whim.

This complicity allowed Daniel Ortega to return to the presidency in 2007 as the constitutional reforms permitted a candidate to be elected with no more than 35 percent of the popular vote. Currently, under the same agreement, the two leaders are planning another constitutional amendment which would allow presidential re-election. Like Sisyphus in the Greek myth, Nicaragua seems to be pushing a boulder uphill only to see it rolling down again to the bottom of the abyss. The present situation is moving inexorably closer to what we saw under Somoza.

Olivia Heussler has witnessed the past three decades of Nicaraguan history, marked equally by heroism and tragedy: the decade of the Revolution in the eighties, the end of the socialist dream in the nineties, and the first decade of the twenty-first century, with democracy threatening to revert to the old forms of authoritarianism which have sadly been a recurring factor in our history.

To my mind, she has been both a witness and a protagonist. Olivia has never stood aloof from events but always in the midst of them, in the midst of a world of poverty and conflict. Hers is not a descriptive camera but one that records what must not be forgotten, including all the tragedy and drama, but also all the happiness and hope. It is a camera always on the move; it is the alert, ceaselessly roving eye of a photographer capable of transforming every moment into a tribute to the times.

We do not simply look at her pictures, we read them. Laid out one after the other, they tell a story; they tell the history of a country with a unique point of view, capturing the best angles that only the most talented and experienced eye can find and fathom.

This is a book of photographs about the history of Nicaragua. You hold before you a country exposed in all its beauty and cruelty, its injustices and inequalities. And yet, there is optimism in the faces of many the people portrayed on these pages. Olivia Heussler's photographs bear eloquent witness: Nicaragua is still a country of hope.

Translated from the Spanish by Ralf Leonhard and Catherine Schelbert

